

sensibles por una y otra parte, contándose entre las de nuestros republicanos, la sensible, aunque gloriosa muerte de Florentino Mercado, que en aquella jornada sacrificó la vida por su patria.

Desde aquel día el general Méndez recibió el mando de toda la línea del Sur, y López, el Judas de Maximiliano, fué nombrado comandante de la brigada de reserva en reemplazo del general Méndez.

El día siguiente (25) Maximiliano visitó á los oficiales republicanos hechos prisioneros, á quienes trató con bondad y con respeto.

El 30, una comision de generales presidida por Miramon, condecoró á Maximiliano con la medalla del mérito militar. Desde aquel día el Emperador la llevó constantemente sobre su pecho.

El 1º de Abril Miramon efectuó una salida para tomar la Iglesia de San Sebastian, que fué ocupada por él, así como el punto la Cruz del Cerrito que tuvo que abandonar Antillon, á cuya defensa estaba confiado, escapándose este jefe en paños menores. Pero el general en jefe hizo que el batallon de Supremos Poderes fuese á paso veloz á cargar sobre Miramon y entónces éste se vió precisado á replegarse á la plaza trayendo consigo dos obuses y algunos prisioneros.

El 10 de Abril se celebró dentro de la plaza el aniversario de la aceptacion del trono por Maximiliano.

El día 11 intentaron los sitiados una salida á fin de hacer pasar unos corréos para Márquez, cuya tardanza y absoluto silencio les llenaban de inquietud. La tentativa de ese día les fué absolutamente desfavorable, pues no consiguieron su objeto, tuvieron pérdidas de mucha consideracion y sólo pudieron convencerse de que las obras de circunvalacion del campo republicano eran formidables y que por tanto, era casi imposible una salida en aquella direccion.

Entretanto, la situacion era ya casi desesperada dentro de la plaza. El hambre se dejaba sentir voraz y aterradora; la desmoralizacion cundía en las filas imperiales, y la ausencia de Márquez, sobre todo, tenía los ánimos suspensos de ansiedad.

Sospechándose un revés ó una traicion de aquel personaje tan nefasto en nuestra historia, se comisionó á una fuerza mandada

por Moret para que en union del Príncipe de Salm fuese á México, rompiendo el sitio puesto á la ciudad, y allá destituyesen á Márquez, apresurándose en seguida, á auxiliar la plaza.

Este plan fracasó por completo; porque Moret no pudo romper la línea republicana, y sólo un guerrillero llamado Zuazua logró pasar á la cabeza de cincuenta caballos.

La falta de víveres era ya insoportable: se comian las mulas del parque, los caballos inútiles, y la carne de perro alcanzaba un precio fabuloso.

El 24 hubo una pequeña escaramuza por el Cerro de las Campanas, en la cual cayeron prisioneros algunos soldados de Supremos Poderes.

El 27 fué la memorable y sangrienta accion del Cimatario. Los imperialistas arrebataron ese día á sus enemigos veinte piezas de artillería que fueron conducidas á la ciudad como un trofeo de la jornada. Pero cuando ebrios de júbilo se disponían á volver á Querétaro, fueron casi sorprendidos por una numerosa reserva enteramente compuesta de tropas de refresco, las cuales recobraron un gran convoy de provisiones de boca y guerra que ya se llevaban los sitiados, no sin gran contento. La causa de esta sorpresa fué que el general Castillo, á quien se encomendó un importante movimiento cuyo objeto era detener las reservas del enemigo, no supo ó no pudo ejecutarlo. Un segundo ataque intentado bravamente por Miramon, á fin de mantener libre de enemigo aquel lado, fué ya del todo desgraciado. Los batallones imperialistas se retiraban en completa derrota perseguidos por los republicanos, y á no ser por la sangre fria y la audacia de Arellano que se encontraba en la Casa Blanca con algunas piezas de que se sirvió en persona para detener á los sitiadores, éstos hubieran quizás penetrado hasta la misma ciudad.

A pesar de esto, las veintiuna piezas quitadas á los republicanos, los víveres que se logró introducir á la ciudad, los prisioneros hechos, y el paséo primero por las alturas del Cimatario, todo esto hacía que los imperialistas se considerasen como vencedores.

El 1º de Mayo se intentó una salida nueva, á fin de apoderarse de la hacienda de Callejas, punto de grandísima importancia



para las intenciones que dominaban en la plaza. Esta salida fué enteramente desgraciada, muriendo en ella el jóven y valiente coronel Rodríguez, á cuyo mando se confió la expedicion.

El 3 Miramon había dispuesto atacar el Cerro de San Gregorio, á cuyo efecto Castillo debería ayudarle con una salida falsa sobre la hacienda de Callejas. Pero Castillo no hace á tiempo lo que se le ordenó: Miramon, desesperado, se lanza al ataque, pero al fin, después de ver caer á su lado á importantes jefes imperialistas, se vé obligado á retirarse, derrotado por el empuje de las columnas republicanas, mandadas aquel dia por el denodado fronterizo general Treviño, el cual fué herido en una pierna.

Para paliar el efecto de este fracaso se dieron á luz falsas correspondencias en que se decia que Márquez se acercaba ya en auxilio de la plaza.

El 5 de Mayo fué ruidosamente celebrado en el campo republicano: á las ocho de la noche los sitiadores atacaron las líneas imperiales, declarándose un combate que duró dos horas.

El dia 10 Maximiliano distribuyó algunas recompensas entre los que habían combatido mejor, y desde esa fecha ya no ocurrió nada de notable sino hasta la noche del 14 al 15, escogida por Maximiliano para intentar una salida general, y por la Providencia para poner término al efímero imperio implantado por la Europa en el suelo de la libre México.

Queríamos, de buena gana, narrar uno á uno los novelescos detalles de aquel desenlace del sitio, sobre todo, en lo que se refiriesen á la traicion infame de Miguel López, patentizada en la obra que nos sirve de consulta, con una minuciosidad pasmosa; pero desgraciadamente carecemos de espacio para ello. Los que quieran leer una narracion exactísima de lo acontecido aquella noche, procúrense la obrita de Alberto Hans sobre Querétaro, y en ella encontrarán todo lo que puede decir un testigo presencial de los sucesos, un actor en el drama sombrío que la traicion más cobarde preparó en el recinto histórico de la Cruz.

López, á quien el Archiduque había colmado de beneficios y consideraciones, y á quien estaba encomendado el punto de que tratamos, entró en ajustes con el enemigo y prometió entregar el fuerte confiado á su vigilancia segun se dice por el precio de



CONVENTO DE LA CRUZ.



treinta mil pesos. Así lo efectuó en la madrugada del 15 de Mayo introduciendo á los reductos del convento al batallon de Supremos Poderes, cuyos jefes hicieron muy pronto prisioneros á todos los soldados y oficiales imperialistas.

El Sr. coronel Rincon Gallardo, del ejército republicano, fué quien recibió la fortaleza entregada por López.

Una vez ocupada la Cruz, tomada, sin dispararse un tiro, la artillería que había en la plaza y hechos prisioneros todos los soldados, el protegido de Maximiliano y un tal Yablousky, su cómplice único, corrieron á decir al Archiduque que la Cruz habia caído por la fuerza en poder del ejército de la República.

—Salir de aquí ó morir, es el único recurso, dijo Maximiliano, y acompañado del Príncipe de Salm, de su ayudante Pradillo y del general Castillo, salió en el acto. Un centinela republicano estaba ya á la puerta, pero gracias á un sombrero de alas anchas que llevaba puesto, el Archiduque no fué reconocido y pudo pasar fácilmente.

Fuése valientemente á la Cruz; reconoció allí toda la verdad del desastre y en seguida volvió al Cerro de las Campanas mandando que se reconcentrasen allí todas las fuerzas que le quedaban, cuya orden dió en palacio al general Miramon.

Entretanto Miguel López entregaba tambien otros nuevos puntos, como el templo de San Francisco, que es hoy la Catedral, desarmando, en persona, á la escolta imperial y á los húsares austro-mexicanos que pasaron casualmente por allí, yendo á incorporarse á Maximiliano.

Miramon, que se encontró con un destacamento de la República, fué herido en un carrillo por un oficial. Fué luego llevado á la casa de un médico llamado Don Vicente Licéa quien apenas practicada la primera curacion del valeroso jefe imperialista le mandó denunciar á los republicanos los cuales se apresuraron á prenderle.

Oigamos algunos de los detalles que dá Hans acerca de aquellos momentos de agonía del imperio:

Desde el Cerro de las Campanas el Emperador veía y dominaba ese desastre inmenso, sin poder hacer nada para detenerle.

En aquel momento el Cerro de las Campanas presentaba un espectáculo verdaderamente punzante.



La especie de reducto que le coronaba, además de su guarnicion, estaba lleno de oficiales y de soldados de todos cuerpos y de todas armas, que se habían refugiado allí como náufragos en una balsa. A cada momento llegaban otros nuevos, y había la necesidad de hacerles abandonar sus monturas y aun de rehusarles la entrada; pero más humanos que el comandante los artilleros les dejaban penetrar por las troneras.

El reducto era el punto de mira de todas las baterías sitiadoras. Los republicanos volvían tambien contra el Cerro nuestras propias piezas de que acababan de apoderarse.

La posicion era insostenible. Así es que el Emperador aguardaba á Miramon con impaciencia; preguntaba á cada momento si no se distinguía á este último entre los grupos que corrían á rienda suelta hácia el Cerro, é interrogaba á los recién llegados para adquirir noticias suyas.

—Sólo á él espero, decía el Emperador á los generales Castillo y Mejía; no quiero dejarle atrás.

Poco después de haber formado su regimiento de dragones de la Emperatriz, el coronel González se presentó al Emperador para pedirle instrucciones; le dijo que Miramon había sido herido en una mejilla y que iban á hacerle una dolorosa operacion.

Afectado por esta noticia el Emperador, llamó aparte á los generales Mejía y Castillo, y les preguntó si, francamente, les parecía posible romper las líneas del enemigo.

El general Mejía tomó un anteojo de larga vista, y después de haber examinado atentamente la situacion de las líneas y de las masas de caballería republicanas, así como los obstáculos que había que vencer, contestó:

—Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena trataremos de hacerlo: en cuanto á mí, estoy dispuesto á morir.

Era preciso, sin embargo, tomar una determinacion. El fuego de la artillería republicana redoblaba: los proyectiles llegaban y se cruzaban en todos sentidos en el reducto. No se podía contestar más que con cinco ó seis piezas. Las columnas sitiadoras se acercaban. Los dragones de la Emperatriz no podían permanecer por más tiempo formados á descubierto al pié del Cerro,

sin ser prontamente exterminados por una lluvia de proyectiles. El coronel González y sus valientes oficiales contenían con dificultad á los dragones. Estos, cuyas filas eran clareadas á cada momento, querían cargar ó ponerse á cubierto.

Convencido de la imposibilidad de sostenerse por más tiempo, y de la inanidad de toda esperanza, el Emperador se decidió á enviar á su oficial de órdenes Pradillo, como parlamentario á Escobedo, á fin de pedir garantías para sus oficiales y tropas, y ofreciéndose él, en sacrificio, al enemigo.

Pradillo bajó y se lanzó á todo galope en el llano en busca de Escobedo, mientras que se enarbolaba la bandera blanca y se callaban los pocos cañones del Cerro.

Hasta aquí Alberto Hans: como los datos que siguen, después de lo que hemos transcrito, carecen ya enteramente de exactitud, á causa de que aquel autor escribió sólo de oídas, por estar ya prisionero en esos momentos, preferimos seguir la relacion que de aquellos últimos sucesos hemos oido de boca del insigne literato Ignacio Manuel Altamirano, que presencié todo lo que vamos á referir.

El coronel Pradillo, con su bandera blanca enarbolada, se dirigió, nó hácia la línea del Norte que era en donde se encontraba el General Escobedo, sino del lado de una fuerte columna de caballería que, al mando del General Ramon Corona se avanzaba, paso á paso, por el Poniente hácia el Cerro de las Campanas.

Llegó Pradillo hasta el General Corona y preguntándole por Escobedo, de quien se le dijo que no estaba allí, significó el deséo de Maximiliano de hablar con el General en jefe de los sitiadores, á efecto de rendirse y evitar una inútil efusion de sangre.

Corona le respondió que él no podía entrar en pláticas de ninguna clase; que su órden era avanzar sobre el Cerro y apoderarse de él, y por ninguna causa le era permitido desobedecer sus instrucciones. Pradillo entonces se informó hácia dónde se hallaba Escobedo y dando rienda suelta á su cabalgadura se alejó á todo correr, en direccion al Cuartel General republicano.